

“tirano: de ahí un odio secreto contra el poder
 “que los humilla y oprime, odio que se extiende
 “desde la primera autoridad á todos sus agentes,
 “instituciones, leyes y distinciones sociales; y si se
 “les deja un momento conocer su fuerza, abusarán
 “de ella hasta destruirlo todo, y se precipitarán
 “en la anarquía creyendo correr á la libertad.

“De este modo el principio desastroso de que
 “todo poder ó *soberanía* viene *del pueblo*, conduce
 “infaliblemente á los *pueblos* ó á no tener gobier-
 “no alguno, ó á tenerlo tiránico y opresivo. La
 “misma doctrina que destrona á Dios, destrona
 “á los reyes, destrona al hombre mismo, abatién-
 “dole y deprimiéndole mas que á las bestias; y
 “tan luego como la razon se encarga de gobernar
 “ella sola al mundo, el interés individual, manan-
 “tial eterno de odios y discordias, viene á ser
 “el único vínculo social. Así como la autoridad
 “entonces no es mas que la fuerza, tampoco la
 “obediencia es mas que la debilidad, porque el
 “interés del orgullo nunca ha sido el de obedecer.
 “El deseo innato de dominar, comprimido por la
 “violencia, tiene su reaccion, é impele incesan-
 “tamente á los súbditos á la rebelion. Cuando el
 “poder está errante y sin base fija en la sociedad,
 “las turbulencias se suceden en unas á otras, y el
 “fin de una revolucion es principio de la siguiente.

“La mas desenfadada democracia, que no es
 “otra cosa que la exclusion de todo orden y de
 “toda ley, ó el gobierno de las pasiones, en vez
 “de satisfacerlas, las irrita; y el pueblo siempre
 “codiciando, y siempre destruyendo, atormenta-
 “do de vagos deseos y de temores desasosegados,
 “se afana y fatiga en abrir su sepulcro, y busca con

“ansia el extremo del desorden, con la esperanza
 “de encontrar en él un verdadero descanso. La
 “sombra sola de la autoridad le horroriza; toda
 “desigualdad, cualquiera distincion, exita su des-
 “confianza y hiere su orgullo. Honrando con su
 “odio todo lo que se eleva sobre él, á toda cla-
 “se de superioridad sin excepcion alguna, castiga
 “inexorablemente los servicios que se tuvo la
 “generosidad de hacerle, castiga las riquezas, los
 “talentos, el genio, la gloria, la virtud misma;
 “y Arístides es desterrado de la ciudad que sal-
 “vó, porque los Atenienses se cansaban de oirle
 “llamar *el Justo*.”

Acerca de la inestabilidad de las leyes que no
 se fundan en la moral, dice: “Las legislaciones
 “puramente humanas tienen aún otro inconve-
 “niente terrible, y es, que las leyes protectoras
 “del orden social, son las que la multitud sufre
 “con mas impaciencia, porque se dirigen á soste-
 “ner lo que su interés pretende derribar. Tole-
 “rará leyes inmorales, porque consagran el des-
 “orden, del que se aprovecha mas ó menos; pero
 “como sus pasiones no esperan sacar ventaja al-
 “guna de las buenas leyes, porque su objeto es
 “reprimirlas, no encontrará necesariamente en
 “ellas mas que un obstáculo á sus deseos, y un
 “atentado contra sus derechos. Y como ninguna
 “ley, emanada del hombre solo, es obligatoria
 “para otro hombre, será necesario poner á la
 “equidad bajo la proteccion de la fuerza, y arran-
 “car del temor lo que en vano se pediria á la
 “conciencia. Cuanto mas profundo sea el temor,
 “la sumision será mas grande; la seguridad pú-
 “blica no tendrá otro fiador que el verdugo, y

“se proclamará la justicia en nombre de la muerte, por no haber querido proclamarla en nombre de Dios.”

En otro lugar traza este horrible cuadro de lo que sería un pueblo desmoralizado, abandonado á su propio consejo y entregado por completo á su soberanía: “¿Mas qué sociedad podrá conservarse, cuando los derechos de los hombres no tengan mas regla que los deseos de cada uno, ni otros límites que su fuerza, á la cual se añada por suplemento el dolo, el fraude, la astucia? ó mas bien: ¿cómo concebir bajo la noción de sociedad, una reunion de seres humanos, enemigos naturales unos de otros, é incesantemente ocupados en hacerse daño mutuamente? En esta anarquía horrible, de voluntades contrarias y de intereses opuestos, de fuerzas é intereses desiguales, el amor de sí mismo se confunde con el aborrecimiento de los otros; y el hombre sujeto únicamente á la ley de los apetitos, independiente de toda autoridad y libre de toda obligacion, lo mismo que el *pueblo soberano*, no tiene tampoco necesidad, como este tampoco la tiene, de razones para legitimar sus actos; basta que quiera y pueda: con estas dos condiciones todo le es permitido. El campo, casa y mujer de mi vecino, su vida misma me pertenece por derecho natural, si la deseo y soy mas fuerte que él. La naturaleza nada prohíbe al hombre, sino lo que le es físicamente imposible alcanzar: su derecho no tiene mas límites que el de su fuerza ó el de sus apetitos. Tiene hambre y desea comer carne humana: si tiene fuerzas bastantes contra su semejante, puede comer su carne y

“beber su sangre, con tan poco escrúpulo, como se comería un pedazo de pan, ó bebería un vaso de agua de la fuente. Y no hay que esperar en este conflicto de las pasiones, un vislumbre siquiera de la posibilidad consoladora de la paz, ni aun de tregua, porque ningun pacto es obligatorio; cada promesa puede envolver un lazo pérfido, y nadie está ligado, sino por su propio interés. Por consiguiente, adios estado, familia, union, seguridad. El hombre temblará de terror al encontrar á otro hombre, que será mas terrible á sus ojos que el caiman del Ganges y el tigre del Sahara. Y si alguna vez el instinto le une casualmente á dos individuos de diferente sexo, satisfecho que sea su apetito brutal, se mirarán uno á otro con horror, y el mas débil se apresurará á huir por temor de ser por el otro devorado.”

Con estos antecedentes, que algunos aplauden, por ese carácter irreligioso en el que algunos se complacen, y á pesar de los resultados que en vano quieren los tales desfigurar, fué la primera república francesa, que Laménais nos retrató en esta horripilante miniatura. “Treinta años ha existía una nacion gobernada por una estirpe antigua de reyes, segun una constitucion ó forma de gobierno el mas perfecto que se conoció jamás, y por unas leyes que, con mas justa razon que las de los antiguos Romanos, se pudieran creer bajadas del cielo: tan sabias eran, tan puras, tan benéficas, tan favorables, á la humanidad. Esta nacion célebre por su franqueza, agrado, benignidad y sus luces, por su amor á sus reyes y á la religion, á quien debia catorce

“siglos de gloria y felicidad, florecia en paz en
 “medio de la Europa, cuya envidia excitaba y
 “cuyo ornamento era, por la belleza de su legis-
 “lacion, por la noble cultura de sus costumbres,
 “y por los admirables y famosos modelos de to-
 “do género, con que las letras, las ciencias y las
 “artes la habian como á porfia y de concierto
 “enriquecido, feliz en lo interior y respetada ex-
 “teriormente, su fama extendida en todas par-
 “tes, se atraia los homenajes de las regiones mas
 “lejanas, y el Universo admiraba en ella á la
 “reina de la civilizacion.

“Tal era el pueblo que Dios escogió para dar
 “al género humano una grande y terrible leccion.
 “De repente, á la voz de algunos sofistas, opi-
 “niones nuevas, nuevos deseos se apoderan de
 “este pueblo extraviado. Se disgusta y fasti-
 “dia de su religion y de las doctrinas tutelares
 “que le habian elevado á tanta grandeza. Ten-
 “tado por el fruto del *árbol de la ciencia*, quiere
 “salir de su condicion, y *ser semejante á Dios*, á
 “quien sola y únicamente pertenece y de quien
 “dimana toda soberanía. Súbitamente este aten-
 “tado recibe su castigo, como el del primer hom-
 “bre por un irrevocable decreto de muerte, que
 “el culpable mismo está encargado de ejecu-
 “tar” “Gobernaron los ateos la Francia, y
 “en el espacio de algunos meses amontonaron en
 “ella mas ruinas que un ejército de tártaros ha-
 “bria podido dejar en toda Europa, á los diez
 “años de su invasion. Nunca jamás, desde el
 “principio del mundo, fué dado al hombre tal
 “poder de destruccion. En las revoluciones or-
 “dinarias el poder se disloca, pero desciende, cae

“á poco. No así cuando triunfó el ateismo. Co-
 “mo si hubiese sido necesario que bajo el imperio
 “exclusivo del hombre, todo tomase un carácter
 “particular de envilecimiento, la fuerza huyendo
 “de las nobles y altas partes del cuerpo social,
 “se precipitó entre las manos de sus miembros
 “mas viles; y su orgullo á quien todo ofendia,
 “nada escaseó, nada perdonó. No perdonaron
 “al nacimiento, porque ellos habian salido del
 “polvo de la tierra; no á las riquezas porque
 “hacia largo tiempo que las codiciaban y envi-
 “diaban; no á los talentos, porque la naturaleza
 “se los habia negado todos: no á la ciencia, por-
 “que se veian profundamente ignorantes; no á la
 “virtud, porque estaban cubiertos de crímenes:
 “en fin, ni al crimen mismo, siempre que este les
 “anunció alguna especie de superioridad. Em-
 “prender colocar todas las cosas á su mismo ni-
 “vel, era empeñarse en aniquilarlas todas. Así
 “desde aquel momento, *governar*, vino á ser lo
 “mismo que proscribir, confiscar y proscribir,
 “de nuevo. La muerte se redujo á sistema has-
 “ta en las pequeñas poblaciones, y acabando con
 “decretos lo que se habia comenzado con puñales,
 “se sacrificaron al exterminio clases enteras de
 “ciudadanos.”

Hé aquí otro retrato de diferente pincel. Es
 un historiador contemporaneo, que ha contempla-
 do serenamente los acontecimientos, que no se apa-
 siona en pró ni en contra de ellos; observador jui-
 cioso de los hechos sociales y revolucionarios, tan
 multiplicados en este siglo; es un historiador filó-
 sofo, que estudia los sucesos, en su naturaleza, co-
 mo en sus causas y efectos; es un espíritu superior.

muy ejercitado en los estudios históricos y que nos ha referido en grande y con discrecion los de diversas épocas; es, en fin, M. A. Capefigue, quien despues de haber estudiado esa primera república francesa, en lo mas íntimo de la vida de ella, y sin parcialidad de aborrecimiento ni de simpatía, nos ha escrito su historia documentada. Mirad vosotros, los que os embelesais con aquella decantada libertad, cuál era ella en realidad.

Contemplad el primer período de esa memorable, sí, memorable, pero no verdadera república. "En realidad, dice Capefigue, la gran sublevacion del 10 de Agosto hizo pasar el poder á manos de la Municipalidad de Paris. El consejo ejecutivo provisional contaba en mayoría con hombres débiles, desconocidos, medianos: solo Danton levantaba su cabeza, y Danton era mas bien el hombre de la Municipalidad, que el Ministro de Justicia de la asamblea legislativa. Esa Municipalidad, se habia hecho la autoridad principal, soberana, y así debia ser, porque venia del pueblo, y porque habia empleado los medios revolucionarios para usarlos sin escrúpulo y sin timidez. En revolucion, hay una especie de instinto en las masas que las induce á encomendar la autoridad á hombres sangrientos y terribles, sin otra fuerza política, que el terror y el éxito. Para los que habian soñado en un cambio social completo, absoluto, nada era un obstáculo, ni los derechos adquiridos, ni la moral, ni la vida humana; la sociedad les parecia mal organizada; revolucion era la guerra á los ricos, á las superioridades sociales, á la clase media estremecida, á todo lo que servia de obstáculo al terrible carro de la democracia.

para las imaginaciones ardientes, el oponérseles es un crimen. Danton era digno de dirigir aquella reunion de hombres, aquel decenvirato, que tenia en Marat un escritor socialista; en Paris, Serjent, gefes y admistracion; y despues Collot-d, Herbois, Billaud Varenne, Tallien, unos negociantes y ejecutores: reunion feroz, mezcla de fuego y sangre, de salitre y lodo; herederos en linea recta de aquellos capataces de los mercados que en tiempo de los Armagnacs y de los Bourguignons, hacian arrancar las entrañas de las víctimas, para nutrir á los animales inmundos."

"Con los hombres tan terribles á la cabeza de un movimiento popular, se debian esperar, en la crisis pública, medidas implacables. Los que habian observado la doctrina socialista de Marat, desde el origen de la revolucion francesa, debian saber que se resumian en un sistema de fatalidad espantosa, para llegar hasta los últimos límites de una idea. Marat, preocupado con el pensamiento de una dictadura democrática, la creia indispensable para dar el golpe á las doscientas mil cabezas que le parecian un obstáculo á la marcha de la revoluciou. En aquel tiempo tan calamitoso, se habian familiarizado con las ideas de cadalzos, de cabezas, y de sangre; las muchedumbres, desatadas del yugo religioso, se regocijaban con los cadáveres; en una palabra, se suspendia un hombre de un farol, ¡y dos años despues esto se hacia con frecuencia entre juegos y risas salvajes! Se aviene uno hasta con la idea del acesiato, y principalmente la multitud, cuando no tiene á Dios en su presencia; es fuertemente impresionable para el mal. En Roma, en los circos, se

aplaudia cuando los cristianos ofrecian sus santos pechos á la dentellada mortífera del tigre ó caian aplastados bajo las anchas patas del elefante é hipopotamo. ¡Maldicion á los hombres que se complacen en rebelar y desmoralizar al pueblo! Llevan en la frente un estigma terrible: son los Cain de la fraternidad humana! Aquella municipalidad de Paris, aquel desenvirato debia pues empujar el carreton revolucionario, y no era Danton hombre que retrocedia”

“En tiempos de violencia, las formas lentas, regulares de la justicia, son importunas: no se trata de juzgar, sino de dar golpes. No busqueis nunca desde entónces actos de imparcialidad: todo lleva el sello de las comisiones extraordinarias y de las jurisdicciones excepcionales. La revolucion debia considerar como criminal cualquier estorbo que se opusiese á su marcha: ¿y los jueces ordinarios podian satisfacer aquella imperiosa necesidad de una situacion política? La creacion de un tribunal revolucionario fué pensamiento de Danton de Marat y de Camilo Desmoulin. Yo me explico á Danton y á Marat: son dos tipos de energía y corrupcion; naturalezas violentas y desordenadas: pero no me gustan los caracteres suaves, espirituales, que van al mal con las apariencias de la mansedumbre y de la bondad: aquel buen Camilo, aquel inocente Camilo, es para mí una naturaleza tan mala como la de sus amigos, con algo menos de valor, al aspecto de las consecuencias necesarias, desenfrenadas, sangrientas, de una posicion que él mismo ha deparado: ¿para qué quieren hablarnos de clemencia cuando ya el hacha está saciada? Nada pues de

justicia tutelar y protectora: aquellos á quienes la revolucion llamaba conspiradores podian ser llevados y perseguidos ante un Tribunal que descarga como el rayo sobre los enemigos de la democracia, primero y poderoso móvil del terror.”

“La Municipalidad, so pretesto de seguridad general, mandaba visitas domiciliarias: este era un modo de abrir todas las puertas y de penetrar al hogar de cada ciudadano para leerles sus esperanzas, sus proyectos, para hojear sus carazonas y sus entrañas. Así es que, á media noche, las casas eran invadidas, el recinto doméstico violado por los mas ardientes revolucionarios, que sorprendian los pensamientos íntimos, ó arrestaban á los sospechosos: aquí se estampaba el sello de la autoridad, allá el secuestro: nada era respetable para ellos. ¿Y qué pues queria esa pujante Municipalidad en sus inflexibles medidas? Inspirar el terror, infundir en todos los ánimos el miedo de la denuncia y de la muerte.” Con estos rasgos nos pinta Copefigue aquel cuadro social de horror, que algunos entendimientos serviles de nuestros días, mas aptos para ser esbirros de tiranos, que ciudadanos de una República grande y generosa, osan ponernos de modelo, presentarnos como bello tipo, y como lo mas sublime, último y perfecto de la libertad y de la democracia. Pero no es esto todo. Prosigamos.